ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Imán de horizontes
(Juan Ramón Jiménez evoca desde Puerto Rico a José Ortega y Gasset)

Introducción de **José Lasaga Medina**
ORCID: 0000-0001-8825-9874

Lo define bien la lejanía
Juan Ramón Jiménez

Se conocieron cuando Juan Ramón vivía con su amigo, luego también amigo de Ortega, el Dr. Simarro, a ratos interno en el hospital de enfrente, no porque le pasara nada, sino porque recién llegado de Moguer, no soportaba un Madrid en el que no había árboles. Y en el Sanatorio del Rosario los había. Allí le iban a ver sus amigos literatos y de allí salió, de entre las cofias de las monjitas de las que se enamoraba Simarro, romántico y viudo, la revista *Helios* ("Revista del modernismo militante") en la que un veinteañero Ortega, emboscado en un místico "Rubín de Cendoya" perpetró uno de sus primeros artículos[1].

En 1953 Juan Ramón Jiménez recibe en su exilio de San Juan de Puerto Rico una invitación de la revista *Clavileño*[2] para participar en el homenaje por

[1] Se trata de "Moralejas. Grandmontagne tiene la palabra. *Íncipit*, el reinado de la grosería", *Helios*, nº. 9, 9 de diciembre 1903, pp. 607-611.

[2] La primera edición del "Recuerdo a José Ortega y Gasset" en *Clavileño*, Madrid, año IV, 24 (noviembre-diciembre 1953), pp. 44-49. Tuvo luego numerosas reediciones. Por citar algunas: en el monográfico que la publicación alemana en lengua española *Humboldt* dedicó a conmemorar el décimo aniversario de la muerte del filósofo (Hamburgo, año 6, nº. 24, 1965, pp 35-38). (Por cierto, este número contiene también la publicación original del texto que Heidegger dedicó a Ortega). En libro, el texto ha aparecido en *Estudios sobre José Ortega y Gasset*. Santiago de Chile: Universidad, 1965; y en los de Juan Ramón Jiménez: *Guerra en España*. Barcelona: Seix

Cómo citar este artículo:
Lasaga Medina, J. (2003). Imán de horizontes (Juan Ramón Jiménez evoca desde Puerto Rico a José Ortega y Gasset). *Revista de Estudios Orteguianos*, (6), 221-234.
https://doi.org/10.63487/reo.736

Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

la jubilación académica de un profesor que no ejerce desde 1936 pero que cumple setenta años. Eso provoca el artículo que presentamos en esta ocasión. Se trata de una evocación sentida pero no complaciente, generosa y exacta, como solía ser la memoria de Juan Ramón. Evitaré, hasta donde me sea posible, la tentación de malcontar lo que el lector va a leer a continuación en las palabras del poeta. Le invito a que no se sorprenda de las digresiones, aparentemente circunstanciales, en las que Juan Ramón reflexiona sobre cuestiones de estilo, generaciones poéticas, amigos comunes, e incluso se permite el lujo de ajustar algunas cuentas con ciertos bajonazos, seguramente inevitables cuando la memoria trabaja bien y recupera la escena entera.

Juan Ramón evoca su relación con Ortega partiendo de una reconstrucción casi cinematográfica del día en que se conocieron a raíz de que fuera el filósofo "in partibus infidelium" a visitarlo para agradecerle el envío de *Arias tristes* (1903)[3]. Presidió el encuentro un Nietzsche encarnado en *Ecce homo,* la peculiar autobiografía del filósofo alemán, terminada en 1889, poco antes de que perdiera la razón, que reposaba sobre una silla y que Ortega celebró pues estaba entonces atravesando lo que luego llamó su época tórrida de nietzscheano. Pocos años después publicaba un ensayito titulado "El sobrenombre" en el que dice: "Nietzsche nos hizo orgullosos"[4].

Les unió el fervor por las palabras que arrastran conocimiento y vida, su fe en que la inteligencia y la elegancia espiritual eran los remedios que necesitaba España en aquel siglo que comenzaba cuesta arriba. Los dos fueron incansables promotores y editores de revistas, concebidas como instrumentos para influir y así aumentar el nivel cultural de la propia generación, pero también de las posteriores, a las que ambos se preocuparon de formar. Veían en el achabacanamiento de lo castizo uno de los males del país: el europeísta Ortega sintonizaba con el proyecto de "andaluz universal" que animaba a Juan Ramón. Compartieron esa voluntad de magisterio con la misma fortuna: el fracaso y la ingratitud. Admiraron a los franceses, aunque Ortega por entonces lo ocultara un tanto y se sintieron muy cerca de Goethe. Juan Ramón había puesto su obra bajo el siguiente *motto* del alemán: "Sin aceleración y sin detenimiento, como los

---

Barral, 1985, pp. 297-306, y en *El andarín en su órbita,* edición e introducción de Pedro Garfias. Madrid: Novelas y cuentos, 1974, pp. 112-126. Agradezco a Ascensión Uña, de la Biblioteca de la Fundación José Ortega y Gasset, la información bibliográfica aquí ofrecida.

[3] El encuentro tuvo que celebrarse en 1905 o cerca porque Juan Ramón refiere que Ortega estaba a punto de irse a Alemania.

[4] El artículo es de 1908. La referencia al orgullo hay que entenderla en el contexto del desastre del 98. Recuérdese la interpretación de Cacho Viu, según la cual la "Generación del 98" es una expresión acuñada por Ortega para designar a los jóvenes que se inician en la vida pública en ese momento histórico, dolidos e irritados ante el fracaso de España. Cfr. "Ortega y el espíritu del 98", en *Repensar el Noventa y ocho*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1997. El artículo de Ortega en *Obras Completas*. Madrid: Revista de Occidente en Alianza Editorial, 1983, I, pp. 91 y ss.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

astros, jire el hombre alrededor de su propia obra". (Ortega usaría más tarde la primera parte del lema para sugerir el ritmo que debía seguir la República).

Fueron editores cuidadosos. Eso les unió y les distanció. Es sabido, y Juan Ramón lo cuenta aquí, que fue el responsable de la primera edición de *Meditaciones del Quijote* (1914) en las ediciones de la Residencia de Estudiantes, situada, entonces, cuando ambos la frecuentaban casi a diario, en la calle Fortuny, cerca de donde hoy reside la Fundación "José Ortega y Gasset". Lo es menos que ese importante texto de 1915, *Meditación de El Escorial*, desguazado posteriormente por el propio Ortega en varios artículos, iba a ser publicado por Juan Ramón, también en las publicaciones de la Residencia[5]. Luego Ortega, siendo director de *España,* le publicó su homenaje a la muerte de Giner de los Ríos, en 1916, y cuando Juan Ramón fundó *Índice* le pidió una cosa a Ortega para el primer número y éste le mandó "Esquema de Salomé"[6], una miniatura que gustó al poeta. Más tarde Ortega fundó *Revista de Occidente* y eso les distanció porque Juan Ramón esperaba que le hicieran más caso del que se le prestó. Elegante, echa las culpas a Fernando Vela y a cierto poeta del que estuvo muy cerca.

Después de aquel encuentro a comienzos de siglo, el periodo de máxima coincidencia en lo biográfico y en lo espiritual iría de 1913, en que se reencuentran en la Residencia, casado con Rosa Spottorno y Catedrático de Metafísica de la Universidad Central uno, definitivamente instalado en Madrid de vuelta de su Moguer natal y a punto de casarse en Nueva York con Zenobia, el otro, hasta mediados de los veinte. En los treinta Juan Ramón se siente bastante lejano a Ortega a juzgar por los comentarios que el citado Juan Guerrero le escucha. No le gusta el primer discurso que Ortega da en las Constituyentes, le parece mal el estilo con el que está redactado el Manifiesto de la Agrupación al Servicio de la República y se permite alguna maldad compartida con algún amigo común, como cuando refiere a Federico de Onís, que se le queja de haber sido mal recibido por el filósofo: en la época de la revista *España* "Ortega se sentaba en una mesa en un cuarto que tenía en la puerta un rótulo que decía «Dirección», y cuando estaba allí dentro era una persona distinta que cuando estaba fuera"[7].

---

[5] "El día 15 [de octubre] saldrá al público la "Meditación de El Escorial" de José Ortega y Gasset". Declaración de Juan Ramón Jiménez, recogida en *Juan Ramón de viva voz* de Juan Guerrero Ruiz. Valencia: Pretextos, 1998, vol. I, p. 36. Se trata de la trascripción que Juan Guerrero, amigo y secretario del poeta durante muchos años, hizo de las conversaciones que mantenían a diario. El texto de Ortega, de una notable importancia, es más amplio que el publicado por el autor con ese título en *El Espectador* VI (1927). Apareció completo en una edición de la revista *Mapocho* de la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile en 1965.

[6] El texto lleva fecha de 1921. Ortega lo publicó posteriormente en la sección "Moralejas" de *El Espectador IV*, (1925) (O. C., II, 360-363).

[7] *Juan Ramón de viva voz*, ed. cit., vol. I, p. 236.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Podemos establecer simbólicamente los momentos de máxima sintonía en torno a 1918, en el que Juan Ramón le dedica a Ortega su libro *Piedra y cielo*: "A José Ortega y Gasset, voluble en lo permanente", vislumbre no falto de acierto habida cuenta de que Ortega pensó para su Razón histórica el lema "No mudo si no mudan", tomado de una veleta. Y en torno a 1917 en que Ortega dedica a Juan Ramón y Zenobia un retrato con la siguiente leyenda: "A Zenobia y Juan Ramón, labradores de inverosimilitud, que pasan sobre la vida como Titania y Oberón…"[8]. En los años treinta sólo se vieron un momento en 1935, según refiere Juan Ramón y luego nunca más, aunque estuvieron a punto de coincidir en un almuerzo en Nueva York, cuando Ortega viajó a Aspen (Colorado) para celebrar el centenario de Goethe. Pero el filósofo no llegó.

Les unió un sentido muy exigente de la propia vida y de la propia obra. Juan Ramón apreció en Ortega la calidad de su prosa. Comprendió también su originalidad como filósofo. No renuncio a reproducir la observación sobre el reproche que ya entonces corría por los medios intelectuales locales de que Ortega no era un "filósofo sistemático": "Seguir diciendo que Ortega no es un filósofo porque no es sistemático, es, actualmente, una vulgaridad". (Véase en el texto el fino argumento en que funda este rotundo aserto).

En 1919 Juan Ramón escribió un "retrato" de Ortega. Denso y conceptista, recupera al hombre en su plenitud. Cuenta que Azorín, con un tomo de *El Espectador* en las manos (seguramente el que contenía "Primores de lo vulgar"[9]), le dice, refiriéndose a Ortega: "Monstruo en su laberinto", a lo que replica Juan Ramón: "Laberinto de laureles". Así lo vio, reconstruyendo un encuentro en un paseo, quizá el de Rosales: "Lo define bien la lejanía. Cuando la lejanía lo define, y José Ortega y Gasset pisa la raya eléctrica en que la realidad de cada uno salta hecha evidencia, no queda en él, con la primera mirada honda y las primeras palabras llenas, que ya nos alcanzan, sino su mitad, su hipertrofiada frente, o su sobretotalidad, la frente, los ojos y el mentón; todo en ceño, que acaba de ser duro para él y quiere ser amable para nosotros, revestido, envuelto en surcada tierra y plomo muy cuidado"[10]. También Juan Ramón era duro para sí y amable para los demás. Esa amabilidad, ejecutada en palabras, produjo en su exilio ("desterrado, deslenguado" de su español, su patria, la lengua materna) de 1953, hace ahora, por tanto, cincuenta años, este recuerdo de Ortega.

[8] *Op. cit.*, p. 234
[9] "Azorín: Primores de lo vulgar", en *El Espectador II* (1917), O. C., II, pp. 158 y ss.
[10] *El andarín en su órbita*, ed. cit., p. 36.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Juan Ramón Jiménez

Recuerdo a José Ortega y Gasset

Mucho he echado de menos a Ortega, como a otros amigos de España, durante los 17 años que llevo seguidos en estas tierras de América, generosas también como las nuestras; porque pasé con él muchas horas claras de muchos hermosos días españoles, que hoy, al recibir la carta de "Clavileño", se me agolparon reunidas todas en la memoria, como en un solo día grande mío con mi amigo de tanto tiempo. Y ahora mismo me estoy acordando de aquél en que lo conocí. Vino Ortega a verme, con Ramón Pérez de Ayala, a la casa del noble doctor Luis Simarro, en la calle del Conde de Aranda, núm. 1, cuando yo vivía con él y con Nicolás Achúcarro (primer discípulo de Simarro y mi amigo constante de entonces, que luego fue tan amigo de Ortega), una larga temporada después de la muerte de Mercedes Roca, la extraordinaria esposa valenciana del doctor, que con él me hicieron gozar tantos buenos días de campo, de hogar, de lectura y de conversación. (Simarro, que era muy sentimental, se sentía desconsolado, solo con su viudez; y nos invitó a Achúcarro y a mí a estar con él)*. Ortega venía a verme aquel día para darme las gracias por mi libro *Arias tristes*, que yo le había enviado, y para despedirse de mí, porque se iba a estudiar a Alemania. Por entonces, un grupo de

* Achúcarro tuvo que venirse a Washington, como director adjunto de St. Elizabeth's Hospital con el Dr. Winfred Overholser, que me ha hablado de él; y yo seguí con el doctor Simarro algún tiempo más.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

amigos, el pintor Emilio Sala, el escultor Agustín Querol, los escritores Gregorio Martínez Sierra, Ramón Pérez de Ayala, y Pedro González Blanco, el argentino Carlos Navarro Lamarca y yo, publicábamos la revista "Helios" y Ortega, es decir, Rubín de Cendoya, había colaborado con nosotros. Recuerdo que yo tenía en mis manos, cuando llegaron ellos, *Ecce homo*, de Nietzsche, y no olvido lo contento que se puso Ortega cuando lo vio, ya que él admiraba tanto al violento filósofo modernista. Tampoco he olvidado que el otro libro que tenía yo conmigo era el del sacerdote Alfred Loisy, el teólogo también modernista, libro condenado por Roma por su herejismo religioso. "Los lunes del Imparcial" habían publicado una nota anónima, muy halagüeña para mí, sobre mis *Arias tristes*, con un poema copiado de dicho libro, el de los tres bueyes grandes que empequeñecían la aldea; y aunque yo estaba seguro de que la nota la había escrito Ortega o la había incitado, ya que su padre era entonces el director de "Los Lunes", no tuve la franqueza de agradecérselo directamente, puesto que él tampoco me confesó lo que yo esperaba. Pues bien, Ortega se fue poco después a Alemania, y yo me volví, también por entonces, a mi Moguer de Andalucía, de donde no volví del todo a Madrid hasta 1912. Poco supe de él hasta que empezó a colaborar en diarios de Madrid. Creo que lo primero que leí de mi pensador amigo, escrito en Alemania, fue el ensayo *Adán en el paraíso*, que tanta luz me echó y cuya prosa me pareció ya tan buena, preludio de la gran escritura posterior de Ortega.

*

Vuelto yo a Madrid, la tarde misma del día de mi llegada me encontré con Ortega en la escalera principal del Ateneo. Yo le había enviado desde Moguer mis libros amarillos *Baladas de primavera, Elegías, la soledad sonora, Poemas mágicos y dolientes*, etc., que él me había agradecido en afectuosas cartas; pero me sorprendió que, al subir yo a darle la mano, tres escalones más bajos del que él pisaba, adelantó su cuerpo hacia mí, sonriendo con su boca grande de blancos dientes y centelleante su mirada negrísima, y me llamó efusivamente "Maestro", lo que me turbó bastante, pues que los dos éramos, somos de la misma edad. Por aquel tiempo, Ortega iba mucho a aquella casa oscura de la calle del Prado, que yo odiaba tanto, recién venido de mi Andalucía de mármoles y calles con sol, porque estaba todo el día alumbrada con luces eléctricas, por lo que se gritaba en los corros de los pasillos y por el olor de sobremesa que siempre había en ella; y allí hablé varias veces con el joven filósofo, que siempre seguía contra mi voluntad y mi protesta, ya que me disgustaba tanto que lo hiciera, llamándome "Maestro" cada vez que nos encontrábamos. Yo comprendía perfectamente, por las críticas de Ortega sobre algunos escritores con-

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

temporáneos españoles, que él no estaba muy de acuerdo con mi dirección poética verleniana y baudelariana de entonces, porque él era tan germanista, tan goethiano, (aunque Goethe fuera tan afrancesado); y que lo que a él le gustaba de lo mío era la expresión conseguida, por la que me daba la maestría. Él hubiera preferido que yo cantase a Castilla como Unamuno o como Antonio Machado, o como un conjunto de los dos; que él había escrito ya que su ideal de poesía castellana sería un Antonio Machado, menos descriptivo, con un Miguel de Unamuno mas sensorial; pero yo no podía intentarlo sinceramente, ni estaba dispuesto a proponerme a ello. Yo tenía conciencia de que era andaluz, no castellano, y ya consideraba un diletantismo inconcebible la exaltación de Castilla (y sobre todo de la Castilla de los hidalgos lampones, tan de la picaresca) por los escritores del litoral, Unamuno, "Azorín", Antonio Machado, Ortega mismo. Preferiría ya, y sigo prefiriendo, a los escritores que escriben de lo suyo, Baroja, Miró, Valle Inclán, en su segunda época; y nunca pude, aún cuando haya contado muchas veces en prosa lo que veía en Madrid, donde yo vivía, o en mis viajes por los nortes de España, considerarme castellano. Declaro francamente que soy enemigo de ese "eternismo casticista" de mesón del segoviano, cofradía de la capa y otras necedades tan cercanas al patio de Monipodio; y creo que el mejor hijodealgo es el hijo de su tiempo, de su lugar en el espacio y de su conciencia. Hay un soneto mío, que yo detesto, el que empieza: "Estaba echado yo en la tierra, enfrente del infinito campo de Castilla", por el que me felicitaron mucho Francisco Giner, Manuel Bartolomé Cossío y otros amigos de la Institución Libre de Enseñanza, cuya ideología de la segunda mitad del siglo XIX era la misma que la de Antonio Machado, "Azorín" y gran parte de Unamuno. Pero mi idea instintiva de entonces, y consciente de luego, era la exaltación de Andalucía a lo universal, en prosa; y en verso, a lo universal abstracto; y como creo que es verdad que el hábito hace al monje, yo me puse por nombre "el andaluz universal", a ver si podía llenar de contenido mi continente. Lo que Ortega no sospechaba, ni yo se lo dije en aquellas ocasiones, era que yo atravesaba una profunda crisis formal y estaba escribiendo en aquel momento los poemas de *Estío y Sonetos espirituales*, que marcan un cambio fundamental mío, no sólo en lo expresivo inteligente o sensitivo, sino en lo más interior; y esto es lo que los dos libros señalan al comienzo de mi segunda época. Madrid ha sido siempre un gran nivelador de estilo para los poetas de otras regiones; y es sabido que los mayores poetas contemporáneos de España, los más completos, vienen de los litorales. Insisto en que yo no puedo comprender por qué fusiones o confusiones, Unamuno, "Azorín", Antonio Machado, etc., cantan a Castilla con tal consecuencia amanerada, y lo que menos me gusta de todos ellos es lo que a esta Castilla, madrastra de ellos, se refiere. Castilla, la para mí forera, exquisita, ha venido a ser, por culpa de los falsos ac-

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

tores de latiguillo del falso 98, una odiosa mansión de la más falsa aristocracia, como Andalucía fue y sigue siendo odiosa, cantada por los turistas o los complacedores de los turista, como la mansión de la gitanería exterior. Tan de pandereta es la Andalucía de Théophile Gautier como la de Salvador Rueda o la de Federico García Lorca, aunque con distinta calidad y conocimiento. Es claro que Unamuno es un gran poeta en sus poemas abstractos, los de más alta esfera, y que "Azorín" escribió sus primeros libros levantinos verdaderamente bellos, y que Antonio Machado tiene, antes y después de sus *Campos de Castilla*, las hermosísimas canciones de su juventud y su senectud. Yo doy todos sus poemas castellanos por una de sus galerías o por uno de sus últimos poemas de Abel Martín. Si yo admiro tanto a Valle-Inclán, es por su teatro gallego, y si vuelvo a leer a Baroja, es por sus cuentos y novelas vascos. Y es curioso que la mejor novela andaluza que yo conozco es *La feria de los discretos*, de Baroja, escrita en la misma lengua corriente de sus otras novelas y sin propósito ninguno de alusión pintoresca. A Gabriel Miró me gusta leerlo, también, por su ambiente, aunque me canse un poco por la prolijidad descriptiva. Sea todo esto como sea, yo había leído mucho, en mis siete años de campo moguereño, a San Juan de la Cruz, a Santa Teresa, a Fray Luis de León, poetas de espacio y tiempo generales, y castellanos naturales, sin decirlo; y ellos eran los que influían más en mi cambio tan favorable.

*

Estamos en los años 1913, 1915, en los que yo veía diariamente a Ortega en la Residencia de Estudiantes de la calle Fortuny, donde él tenía tanta y tan justa influencia. Su director, Alberto Jiménez Fraud, era un gran admirador suyo, y en el cuarto de la dirección, Ortega era la antorcha de los reunidos. ¡Cuántas discusiones lúcidas y de cuántas cosas, tuvimos Ortega y yo en aquellos años de ansia! Yo colaboraba con frecuencia en "Los Lunes del Imparcial", y mis nuevos poemas le gustaban más cada vez. Cuando se iniciaron las Publicaciones de la Residencia, de las cuales yo me ocupaba con el Presidente, el primer libro que dimos fue el de las *Meditaciones del Quijote*, cuya edición cuidé con el mayor esmero. La prosa de Ortega me ganaba más cada vez. El descorría velo tras velo ideológico, con la destreza que ya nunca habría de abandonarle, y a atraer, con su cambiante posición de clarividencia seguida, horizontes y horizontes a su propio centro. "Imán de horizontes" le llamé yo. Vivía en El Escorial y venía a Madrid para sus clases universitarias. Un día, Ortega y yo discutimos un homenaje a "Azorín", que se llevó pronto a cabo en Aranjuez, y al que concurrimos un centenar de amigos comunes. Todavía "Azorín" no había exagerado la flexibilidad de espinazo que luego lo hizo in-

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

clinarse en tanta dirección desagradable para mí. Ortega ofreció el homenaje en la Glorieta del Niño de la Espina, y fue el justo definidor de "los primores de lo vulgar" de ese primoroso sensitivo limitado que es "Azorín", buen fenicio levantino. La definición del joven filósofo no le gustó mucho al escritor de Monóvar, siempre tan quisquiveleidoso, y provocó distancias y discusiones entre ellos dos. Todavía, años más tarde, cuando yo publiqué en el primer número de la revista "Índice", que yo dirigía, el "Esquema de Salomé", de Ortega, en primer lugar y, en segundo, el "Diálogo de un rico y un pobre", de "Azorín", el primoroso inició una serie de solapados ataques contra mí, que continuaron por muchos años. Dije entonces, y hoy lo repito, que si yo di el "Esquema de Salomé" al frente del número, fue porque Ortega me lo entregó antes y porque lo consideré de mucho más peso e interés que el trabajo de ocasión que "Azorín" nos regalaba. Cuando yo publiqué la segunda edición de *Eternidades*, exactamente igual que la primera, "Azorín", como le convenía entonces, me exaltó tontamente en un artículo de "La Prensa" de Buenos Aires; y para que yo los leyera, replicó la publicación de este artículo en "El Sol", de Madrid, lo que nunca había hecho con sus artículos corrientes; pero yo no pude agradecérselo. Malos amigos, calumniadores me han dado a mí fama de duro; los que me conocen bien, saben que soy "inflexible pero amable", cuando la falsedad no me saca de mí. Yo insto a quien quiera, a que me señale un escritor a quien yo haya atacado, que no haya sido defendiéndome; y las fechas pueden demostrarlo. No hay escritor español contemporáneo más atacado que yo; y si la crítica me es indiferente en lo literario, no me lo es en lo histórico. La mentira histórica no la puedo tolerar, y los que la han cultivado contra mí saben, lo mismo que yo, por qué; y ese por qué puedo yo demostrarlo con documentos, en todos los casos. El homenaje que Ortega y yo le dedicamos a "Azorín" quedó recogido en el librito *Fiesta de Aranjuez*, que yo edité en las "Publicaciones de la Residencia", con un prólogo mío. En él están todos los trabajos que escribimos para el acto, Ortega, Baroja, Antonio Machado, "Azorín" y yo, y todas las adhesiones.

*

Entre los libros que se salvaron del pillaje de 1939 en mi piso de Madrid, pillaje particular, de ladrones de oficio, y no dirigido por ningún grupo político, conservo el ejemplar que Ortega me dedicó de sus *Meditaciones del Quijote*, llamándome cariñosamente "El Bayardo de los poetas". Repito que en esos días Ortega me alentaba mucho y fraternalmente, y me dijo cosas muy atinadas sobre lo mío. De unos poemas en prosa que yo publiqué en "El Imparcial", me susurró al oído que parecían traducciones perfectas de poemas desconocidos

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

griegos o latinos clásicos. De *Platero y yo*, cuya edición menor se publicó en 1913 (selección para muchachos que yo no habría hecho por mi gusto, porque creo que al niño se le debe dar un libro completo del que él tomará lo que pueda), me habló con cierto fastidio como de una cosa también "perfecta", aunque, como yo le dije, ninguna de las páginas de *Platero* me había llevado más de diez minutos; y cuando las escribí yo no tenía más que 24 años. Ortega nunca buscó, por suerte para él, lo perfecto, y su prosa es más bien apresurada, como escrita para plazo fijo; y yo entendí siempre, y lo he escrito mucho, que "perfecto" no es sino "completo", que no sobre y no falte nada de lo que uno quiere decir; sobre todo, que no sobre. Mucho se habla de mis correcciones, y es cierto que yo las hago constantemente, pero nunca proponiéndomelo de antemano, sino por sorpresa; es decir, que yo llevo siempre conmigo todo lo que he escrito, como llevo mi propia vida, y rectifico vida y escritura constantemente. Y es claro que el verso y la prosa lírica son peligrosos, si no se cuidan lo necesario al releerlos, si no se insiste mucho en lo que uno ha querido expresar. Cuando Ortega escribió el prólogo para *El Pasajero*, de José Moreno Villa (libro que yo cuidé también y que se publicó después de conocerme a mí Moreno Villa, no antes, como él ha escrito recientemente) nos lo leyó en la sobremesa de una comida en su casa de la calle Zurbano, a Moreno Villa, a Américo Castro y a mí; y, al terminar, me dijo Ortega: "Usted tiene la obligación de dar ejemplo constante a estos jóvenes". Es claro que yo no me proponía dar ningún ejemplo, pero en esos años estaba en un constante dinamismo; y desde Moreno Villa, Salinas, Guillén, etcétera, hasta los poetas de 1930, todos siguieron ejemplos míos naturales; que yo nunca me he considerado un virtuoso, y siempre creí, ante todo en la voz; voz que no tenía acento propio en la mayoría de tales poetas de voces más que de voz, y que tampoco daban voces, sino ecos, devueltos con labia, falsete y ripio, porque eran virtuosismo condicional y el virtuosismo pierde el encanto y el misterio melodiosos y deja sólo la frialdad armónica. Es inútil escribir verso lírico sin melodía; la poesía lírica siempre será canto, y canto más que cántico y que recántico. Por fortuna, los poetas españoles siguientes, los de los años 30, tomaron por mejor camino; y Salinas y Guillén se quedaron virtuoseando en vano, es decir, sin eco. Hoy los poetas españoles de fuera y dentro, tienen más naturalidad, más frescura; son más directos en lo íntimo y en lo externo, y van hacia arriba sin gafas ni ninguna otra clase de medios, aún cuando abunde el barroquismo, del que nadie se ha librado en nuestro tiempo, ni yo tampoco, pues soy español. Barroquismo y virtuosismo hay en mí; pero eso no es lo mejor mío, ni lo más abundante. El grupo de poetas que procedía en escuadra, y sus críticos compañeros, suelen decir ahora que en ellos empieza, culmina y vence un nuevo Renacimiento. No, este Renacimiento segundo de la poesía española, empieza con Bécquer

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

y llega a su plenitud con Unamuno y Antonio Machado. Desde Salinas en adelante, es la decadencia virtuosa barroca, ellos son los que fueron Góngora, Paravicino, Calderón, etc., en el Renacimiento anterior. Después de 1940, empieza otro ciclo, orientado hacia la poesía de mi generación. Todo esto lo señalé yo a su tiempo, en mi lectura "Crisis del espíritu en la poesía española contemporánea", aunque lo escribí y lo dije antes muchas veces, Ortega, con su gran clarividencia, definió la poesía del grupo virtuosista ingenioso, como "mero hipo agónico", lo que le valió la animosidad de todos ellos. Pero Ortega estaba en plena superación constante.

*

Hacia 1915, Ortega dirigía la revista "España". En el vestíbulo de la redacción estaba colgado el retrato de "Figaro", y en el cuarto de trabajo de Ortega había tertulias particulares, en las que privaba mucho Pío Baroja, con su sombrero puesto y con su boquita en movimiento. Baroja era siempre lúcido, y Ortega lo escuchaba con una generosa sonriencia. Aquél año murió don Francisco Giner, y yo escribí en "España", mi elegía a su muerte. Yo iba con frecuencia a ver a Ortega allí, donde él se encontraba muy a gusto. Cuando Ortega hablaba de poesía, seguía apoyándose generalmente en Goethe, lo que a mí me gustaba tanto. Tanto que yo había adoptado antes, como lema mío, el famoso "Sin aceleración y sin detenimiento como los astros, gire el hombre alrededor de su propia obra". Yo me fui a Nueva York para casarme, y a nuestra vuelta nos visitábamos los dos con nuestras familias. Pocos años más tarde, cuando Ortega fundó la "Revista de Occidente", me hizo el honor de pedirme que le ayudara en la colaboración, señalándole los escritores jóvenes que más me interesaran de los que entonces estaban a mi alrededor. Yo le había dedicado en 1918 mi libro *Piedra y cielo* así: "A José Ortega y Gasset, voluble en lo permanente". Desde los primeros números, se incluyeron ya versos, prosas y aún dibujos enviados por mí. Después, Vela, que solía consultarme sobre estas colaboraciones en la librería de "los alemancitos" de la calle del Caballero de Gracia, tomó una actitud discutidora; yo me alejé de la "Revista de Occidente" y, por lo tanto, de Ortega. Y empecé la "Biblioteca de Índice", en donde aparecieron los primeros libros de Pedro Salinas, Antonio Espina, Benjamín Palencia y José Bergamín. Más tarde, cuando ya estos jóvenes eran conocidos y estimados por la crítica, Vela les abrió de par en par las puertas de la redacción que él secretariaba, y en dos o tres años estos jóvenes, ya maduros, se adueñaron por completo de la Revista; pero yo nunca volví a ver a Ortega hasta 1935, aún cuando él no era el responsable de todo aquello. Uno de los jóvenes que mas mangoneaban, hoy ya muerto, imprimió a la Revista un aire superficial,

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

por la que yo la nombré desde entonces "Revista de Desoriente". Supe que Ortega había dicho a los responsables que yo tenía razón. Ortega no se ocupaba mucho ya, en los años 30, de la Revista en sí misma, sino de sus publicaciones. Siempre pasa lo mismo, cuando una Revista se pone a editar libros, poco a poco se convierte en un anuncio de la editorial y es depósito de cadáveres más o menos juveniles. Para oponerse un poco a Ortega, un deficiente escritor joven, que se orientaba siempre hacia los nortes más prácticos, fundó otra revista de poco "más y menos" que ejerció una influencia más desorientadora todavía en la juventud que no se burló de ella.

*

Vino la guerra de 1936. Ortega y yo salimos de España por los mismos días. Desde ésta América supe de la grave enfermedad de mi amigo en París, y escribí (con una dirección supuesta) a él y al doctor Teófilo Hernando, mi siempre excelente amigo también; pero nunca supe si ellos habían recibido mis cartas. Yo seguía siempre la labor de Ortega, como la de todos los españoles que me interesaban, y leía lo que podía conseguir de lo que él publicaba entonces, y con el mismo fervor de siempre. Lo último que llegó a mí de él, antes de volverme con mi mujer a esta isla de la simpatía, fue el libro sobre Velázquez y Goya. Cuando en 1949 supe que se pedía el Premio Nobel para Ortega, yo que no había intervenido en la candidatura mía, que circuló también aquel año, envié un cable de adhesión al diario "ABC", que no lo publicó, por cierto; y entonces pedí a la revista "Ínsula" que lo publicara. Después de la conmemoración de Goethe en Colorado, Ortega, que tuvo tan gran éxito con su intervención, debió venir un día de Nueva York a Washington, para una comida que le ofrecía Mrs. Robert Woods Bliss, quien nos invitó, con el Director de la Mellon Gallery y el poeta francés Alexis Léger, es decir, St. John Perse. Esperamos a Ortega hasta las tres, cuando llegó un radio suyo diciendo que le era imposible llegar. Yo, sospechando antes que ocurriría algo de lo que ocurrió, me había llevado conmigo una fotografía grande de Ortega, de la época en que todavía no se cubría su calva radiante, y comimos con la fotografía respaldada en la silla que Ortega no pudo ocupar en persona. Ortega siempre ha sido un maestro para mí, y en muchas cosas. Su clarividencia, a veces obcecada, ha abierto muchos caminos derechos en España. Él ha unido la base tradicional española más sólida a la expresión filosófica moderna más alerta, y por eso es un verdadero modernista y un héroe de fronteras. Durante años y años, ha señalado, en la vida internacional, el cuerpo de la España viva, y tanto en Europa como en América ha cumplido su misión, sin perder nunca un paso, como no haya sido para rehacerse o usarlo de trampolín. Ortega se mueve

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

siempre en un nivel superior; y yo juzgo, ante todo, a los hombres por el nivel en que se mueven. Seguir diciendo que Ortega no es un filósofo, porque no es sistemático, es actualmente, una vulgaridad. El filósofo sistemático viene a ser, con relación a la verdadera filosofía individual, lo que el filólogo a la verdadera poesía. El filósofo sistemático aísla y encierra un hallazgo propio, como si encerrara y aislara para él mismo y para él sólo, un fruto cualquiera. El filósofo de libre exposición sorprendente, abre y une su hallazgo, y su fruto es mundo. Entre los prosistas españoles contemporáneos, Ortega sobresale por su cuadratura. Unamuno es también hombre de alta esfera, pero a veces se pierde en prestidigitaciones que llevan consigo la caída; Miró, a pesar de su tesorera calidad plástica, no satisface, y cansa por su carencia absoluta ideológica; "Azorín" es un sensitivo deleitoso, pero su bagaje moral es de una banalidad asfixiante, aprendida más en Anatole France, a quien no vale citar, que en Montaigne, a quien cita tanto, Baroja, tan justo en sus deducciones críticas, acaba por reírse y hacernos reír de todo lo que dice. A Valle-Inclán, de una riqueza de lengua asombrosa, no puede juzgársele bien, por la metafísica hueca de su "Lámpara". En Ortega parece como si toda su palabra fuese del tamaño exacto de su cabeza. Si peca de amanerado (sobre todo cuando habla de la mujer, condesa o no, y del amor en general, amor y mujer que toman un carácter secundario) su amaneramiento nunca es vulgar. A veces sus metáforas excesivas empequeñecen su escritura. Decir, por ejemplo, que el tiempo huye en las ancas de un potro galopador, le quita al tiempo su grandeza, ya que es mucho mayor que un potro. Si se dice sólo que el tiempo huye, el tiempo no pierde su infinitud. Aunque Ortega es tan escritor, me gusta siempre más cuando habla, porque no tiene tiempo de preparar sus metáforas. Su lengua hablada es verdaderamente hermosa, y él tiene la suerte de poseer una voz de una sonoridad justa, con profundas resonancias interiores. Sus discípulos saben que es imposible copiarlo, y aún a los que tienen ideas llenas, sus voces endebles los traicionan. Ortega no suele ser injusto, pero cuando dijo, saliendo de la Argentina en uno de sus viajes, que América es "un continente sin contenido", ¿cómo no pensó en los menos siglos que lleva América de satisfacer su ansia de cultura, que es tan grande? La famosa "circunstancia" del hombre de Ortega, lo traicionó. América tiene una humanidad hermosa, rica de fantasía y de gracia; y precisamente Ortega, tan leído y admirado en estos países, sería quien menos debería haber dicho lo que les dijo. Yo he podido comprobar que América es un magnífico vaso para la contención. Desde este San Juan de Puerto Rico, afianzado en el mar por una fábrica arquitectónica española, tan fuerte que es ya naturaleza, alargaría mi brazo derecho a Ortega para que viniera alguna vez a visitarnos. El amor por España es aquí inextinguible, y un hombre tan español como Ortega gozaría mucho de este amor. Ortega fue siempre hombre de

corazón. Nunca lo he visto ni lo he oído sostener nada falso a conciencia, ni hacer daño por gusto a nadie. ¡Qué diferente su espinazo al de tantos otros tan mal diagnosticados por algún galeno contemporizador! Y, ¡qué pena da escribir honradamente sobre lo que de lejos se ve tan *claro* y no tener respuesta! Lejos de España, hoy, en tiempo y en espacio, pero con la piedrecita de mi "Fuentepiña" de Moguer en mi bolsillo del pecho, me complazco, día tras día, en contar a estos amigos historias y leyendas de mi tiempo español, largo o corto, según lo mire desde aquí o desde allí. En este cuento, que muchas veces se hace canto, José Ortega y Gasset, insisto en ello, ocupa un lugar permanente de los más señalados, y yo lo diría mucho más. Pero, ¡cuántas cosas que quisiéramos decir cada día, no las decimos, porque no encontramos la ocasión verdadera, o porque pueden o quieren ser mal entendidas por los malentendedores! Y yo soy de los que hablan claro y de frente; de los que quieren y pueden que todos lo entiendan bien.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882